

EDICIÓN ESPECIAL ILUSTRADA

DAN BROWN

INFERNO



 Planeta



Capítulo I

Los recuerdos comenzaron a tomar forma lentamente..., como burbujas emergiendo a la superficie desde la oscuridad de un pozo sin fondo. «Una mujer cubierta con un velo.»

Robert Langdon la contemplaba desde el otro lado de un río cuyas turbulentas aguas estaban teñidas de sangre. En la orilla opuesta, la mujer permanecía de pie, inmóvil, solemne y con el rostro oculto por un velo. En la mano sostenía una cinta *tainia* que alzó en honor al mar de cadáveres que había a sus pies. El olor a muerte se extendía por todas partes.

«Busca —susurró la mujer—. Y hallarás.»

Langdon escuchó las palabras como si las hubieran pronunciado en el interior de su cabeza.

—¿Quién eres?! —exclamó, pero su boca no emitió sonido alguno.

«El tiempo se está agotando —susurró ella—. Busca y hallarás.»

Langdon dio un paso hacia el río pero advirtió que, además de estar teñidas de sangre, sus aguas eran demasiado profundas. Cuando volvió a alzar la mirada, los cuerpos que había a los pies de la mujer se habían multiplicado. Ahora había cientos, miles quizá. Algunos todavía estaban vivos y se retorcían agonizantes mientras sufrían muertes terribles e impensables... Consumidos por el fuego, enterrados en heces, devorándose los unos a los otros. Desde la otra orilla del río, Langdon podía oír sus angustiados gritos de sufrimiento.

La mujer dio un paso hacia él y extendió sus delgadas manos como si le pidiera ayuda.

—¿Quién eres?! —volvió a gritar Langdon.

A modo de respuesta, la mujer fue retirando poco a poco el velo de su rostro. Era

BUSCA
Y
HALLARÁS



increíblemente hermosa y, sin embargo, también mayor de lo que él había imaginado. Debía de tener más de sesenta años, pero su aspecto era majestuoso y fuerte, como el de una estatua atemporal. Tenía una mandíbula poderosa, unos ojos profundos y conmovedores, y un cabello largo y plateado cuyos tirabuzones le caían sobre los hombros. De su cuello colgaba un amuleto de lapislázuli con una serpiente enroscada alrededor de un bastón.

Langdon tuvo la sensación de que la conocía..., y de que confiaba en ella. «Pero ¿cómo?, ¿por qué?»

Ella le señaló unas piernas que salían de la tierra y que pertenecían a algún pobre desgraciado que había sido enterrado boca abajo hasta la cintura. En el pálido muslo del hombre se podía ver una letra escrita en barro: «R.»

«¿Erre? —pensó Langdon, confundido—. De... ¿Robert?»

—Ése soy... ¿yo?

El rostro de la mujer permaneció impasible. «Busca y hallarás», repitió.

De repente, comenzó a irradiar una luz blanca..., cada vez más y más brillante. Todo su cuerpo comenzó a vibrar intensamente hasta que, con el rugido de un trueno, estalló en mil astillas de luz.

Langdon se despertó de golpe, gritando.

Estaba en una habitación que tenía la luz encendida. Solo. Olía a alcohol medicinal y, en algún lugar, una máquina emitía un pitido al ritmo de su corazón. Intentó mover el brazo derecho, pero un dolor punzante se lo impidió. Bajó la mirada y descubrió que una vía intravenosa colgaba de su antebrazo.

Se le aceleró el pulso, y el pitido de las máquinas también se avivó.

«¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?»

Langdon sentía un dolor intenso y palpitante en la parte posterior de la cabeza. Con cuidado, levantó el brazo libre y se tocó el cuero cabelludo para intentar localizar su origen.

Bajo el pelo apelmazado notó las protuberancias de una docena o más de puntos recubiertos de sangre seca.

Cerró los ojos e intentó recordar el accidente.

Nada. Completamente en blanco.

«Piensa.»

Sólo oscuridad.

Un hombre ataviado con un pijama quirúrgico entró apresuradamente, alertado por la aceleración del monitor cardíaco de Langdon. Lucía una barba y un bigote hirsutos y espesos y, bajo unas cejas igualmente pobladas, sus amables ojos irradiaban una reflexiva calma.

—¿Q...qué... ha sucedido? —preguntó Langdon—. ¿He sufrido un accidente?

El hombre de la barba se llevó un dedo a los labios indicándole que no hablara y volvió a salir de la habitación para avisar a alguien que se encontraba en el pasillo.



Langdon volvió la cabeza, pero ese movimiento le provocó una punzada de dolor que se extendió por todo el cráneo. Respiró hondo varias veces y esperó a que pasara. Luego, metódicamente y con mucho cuidado, inspeccionó la estéril habitación de hospital.

Sólo había una cama. Ninguna flor. Ninguna tarjeta. Langdon vio su ropa sobre un mostrador cercano, doblada en el interior de una bolsa de plástico transparente. Estaba cubierta de sangre.

«Dios mío. Debe de haber sido grave.»

Langdon volvió la cabeza lentamente hacia la ventana que había junto a la cama. El exterior estaba oscuro. Era de noche. Lo único que podía ver en el cristal era su propio reflejo: un desconocido demacrado, pálido y fatigado, cubierto de tubos y cables y rodeado de instrumental médico.

Oyó unas voces en el pasillo y se volvió hacia la puerta. El médico entró acompañado de una mujer.

Debía de tener unos treinta y pocos años, iba vestida con un pijama quirúrgico de color azul y llevaba el pelo rubio recogido en una coleta que se balanceaba al caminar.

—Soy la doctora Sienna Brooks —dijo al entrar, y sonrió a Langdon—. Esta noche trabajo con el doctor Marconi.

Langdon asintió levemente.

Alta y ágil, la doctora Brooks se movía con el paso asertivo de una atleta. Incluso vistiendo el holgado uniforme se podía advertir su esbelta elegancia. A pesar de no llevar maquillaje, su rostro era extremadamente terso, apenas mancillado por un pequeño lunar que tenía justo sobre los labios. Sus ojos, de color castaño, parecían inusualmente penetrantes, como si hubieran sido testigos de profundas experiencias poco habituales en una persona de su edad.

—El doctor Marconi no habla mucho inglés —dijo, sentándose a su lado—, y me ha pedido que complete su formulario de ingreso. —Volvió a sonreír.

—Gracias —dijo Langdon con voz ronca.

—Muy bien —repuso ella en tono formal—. ¿Cómo se llama?

Tardó un momento en contestar.

—Robert... Langdon.

Le iluminó los ojos con una linterna de bolsillo.

—¿Ocupación?

Esa información tardó todavía más en acudir a su mente.

—Profesor. Historia del arte... y simbología. Universidad de Harvard.

La doctora Brooks bajó la linterna con expresión alarmada. El médico de las cejas pobladas se mostró igualmente sorprendido.

—¿Es... norteamericano?

Langdon la miró confundido.



—Es sólo que... —vaciló—, cuando llegó anoche no llevaba encima identificación alguna. Como iba vestido con una americana de *tweed* Harris y unos mocasines Somerset, supusimos que era inglés.

—Soy estadounidense —le aseguró él, demasiado cansado para explicarle su preferencia por la ropa de buen corte.

—¿Le duele algo?

—La cabeza —respondió Langdon. La brillante luz de la linterna no hacía sino empeorar el palpitante dolor que sentía en el cráneo. Afortunadamente, la doctora se la guardó en el bolsillo y empezó a tomarle el pulso.

—Se ha despertado gritando —dijo la mujer—. ¿Recuerda por qué?

La extraña visión de la mujer cubierta por el velo y rodeada de cuerpos retorciéndose de dolor volvió a acudir a la mente de Langdon. «Busca y hallarás.»

—Estaba teniendo una pesadilla.

—¿Sobre?

Langdon se lo contó.

La expresión de la doctora Brooks permaneció impassible mientras tomaba notas en un portapapeles.

—¿Tiene alguna idea de qué puede haberle provocado una visión tan aterradora?

Langdon hurgó en su memoria y luego negó con la cabeza, que protestó con un martilleo.

—Está bien, señor Langdon —dijo ella sin dejar de tomar notas—. Le voy a hacer un par de preguntas rutinarias. ¿Qué día de la semana es?

Langdon se lo pensó un momento.

—Sábado. Recuerdo estar caminando por el campus..., me dirigía a un ciclo vespertino de conferencias y luego... Bueno, básicamente, eso es todo lo que recuerdo. ¿Me he caído?

—Ya llegaremos a eso. ¿Sabe dónde está?

—¿El Hospital General de Massachusetts? —aventuró él.

La doctora Brooks hizo otra anotación.

—¿Quiere que llamemos a alguien? ¿Esposa? ¿Hijos?

—No, a nadie —respondió Langdon instintivamente. Siempre había disfrutado de la soledad y la independencia que le proporcionaba la vida de soltero que había escogido. Aun así, debía admitir que, en su situación actual, habría preferido tener a alguien conocido a su lado—. Podría llamar a algún colega, pero no hace falta.

La doctora Brooks terminó y el médico se acercó. Tras alisarse las pobladas cejas, sacó del bolsillo una pequeña grabadora y se la enseñó a la doctora Brooks. Ella asintió y se volvió hacia el paciente.

—Señor Langdon, cuando llegó anoche, balbuceaba algo una y otra vez. —Se volvió hacia el doctor Marconi, que alzó la grabadora digital y presionó un botón.



Comenzó a sonar una grabación y Langdon oyó su propia voz mascullando repetidamente las mismas palabras en inglés:

—*Ve... sorry. Ve... sorry.*

—Parece que dice «*Very sorry. Very sorry*» —dijo la mujer.

Langdon estuvo de acuerdo y, sin embargo, no lo recordaba.

La doctora Brooks se lo quedó mirando con una intensa e inquietante mirada.

—¿Tiene alguna idea de por qué estaba diciendo eso? ¿Hay algo que lamente?

Al hurgar de nuevo en los oscuros recovecos de su memoria, Langdon volvió a ver a la mujer cubierta por el velo. Estaba en la orilla de un río teñido de sangre y se encontraba rodeada de cadáveres. Volvió a percibir el hedor de la muerte.

De repente, le sobrevino una repentina e instintiva sensación de peligro... No sólo era él quien lo corría..., sino el mundo entero. El pitido del monitor cardíaco se aceleró rápidamente. Sus músculos se tensaron e intentó incorporarse.

La doctora Brooks le colocó una mano en el esternón, firme, obligándolo a tumbarse de nuevo. Luego se volvió hacia el doctor y éste se dirigió a un mostrador cercano y comenzó a preparar algo.

La doctora Brooks se inclinó entonces hacia Langdon y le susurró:

—Señor Langdon, la ansiedad es común cuando se ha sufrido una lesión cerebral, pero debe mantener las pulsaciones bajas. No se mueva. No se excite. Quédese tumbado y descanse. Poco a poco recuperará la memoria.

El doctor regresó con una jeringuilla, que entregó a la doctora Brooks. Ésta inyectó su contenido en la vía intravenosa de Langdon.

—Un sedante suave para tranquilizarle —le explicó—, y también para aliviar el dolor. —Se incorporó para marcharse—. Se pondrá bien, señor Langdon, procure dormir. Si necesita alguna cosa, presione el botón que hay en la cabecera de la cama.

La doctora Brooks apagó la luz y salió de la habitación con el doctor.

En la oscuridad, Langdon sintió cómo la droga se propagaba por su cuerpo casi instantáneamente, arrastrándole de nuevo a ese profundo pozo del que había emergido. Resistiéndose, se esforzó en mantener los ojos abiertos e intentó incorporarse, pero su cuerpo pesaba como el cemento.

Langdon se dio la vuelta y volvió a encontrarse de cara a la ventana. Como ahora las luces estaban apagadas, su reflejo había desaparecido del cristal y había sido reemplazado por la silueta de una ciudad.

En un mar de torres y cúpulas, una fachada iluminada dominaba el campo de visión de Langdon. El edificio era una imponente fortaleza de piedra, con un parapeto dentado y una torre almenada y con matacán, que se elevaba hasta los noventa metros de altura.

Langdon se incorporó de golpe, lo cual provocó una explosión de dolor en su cabeza. Haciendo caso omiso al suplicio palpitante que sentía, se quedó mirando la torre.



PALAZZO VECCHIO, FLORENCIA

Conocía bien esa estructura medieval.

Era única en el mundo.

Lamentablemente, también se encontraba a seis mil quinientos kilómetros de Massachusetts.



En la calle, oculta entre las sombras de la Via Torregalli, una mujer de complexión atlética descendió ágilmente de su BMW y comenzó a caminar con la intensidad de una pantera al acecho de su presa. Su mirada era afilada. El cabello corto, que llevaba de punta, sobresalía por encima del cuello vuelto de su traje de motorista. Tras comprobar su pistola con silenciador, levantó la mirada hacia la ventana de Robert Langdon, cuya luz se acababa de apagar.

Unas horas antes, su misión original se había malogrado.

«El arrullo de una única paloma lo ha cambiado todo.»

Ahora tenía que arreglarlo.



Capítulo 2

«¿Estoy en Florencia?»
Robert Langdon tenía un intenso dolor de cabeza. Sentado en su cama de hospital, presionó varias veces el botón de ayuda. A pesar de los sedantes que le habían suministrado, el corazón le latía con fuerza.

La doctora Brooks entró apresuradamente. Su coleta se balanceaba de un lado a otro.

—¿Se encuentra bien?

Langdon negó con la cabeza, desconcertado.

—Estoy en... ¿Italia?!

—Bien —dijo ella—. Comienza a recuperar la memoria.

—¡No! —Langdon señaló el imponente edificio que se veía a lo lejos, a través de la ventana—. He reconocido el Palazzo Vecchio.

La doctora Brooks volvió a encender la luz y la silueta de Florencia desapareció. Luego se acercó a la cama y susurró con calma:

—Señor Langdon, no tiene de qué preocuparse. Sufre una ligera amnesia, pero el doctor Marconi ha confirmado que sus funciones cerebrales están intactas.

El doctor de la barba también entró en la habitación. Comprobó el monitor que controlaba el ritmo cardíaco de Langdon mientras la joven doctora le decía en un italiano rápido y fluido algo sobre que Langdon estaba «*agitato*» tras descubrir que se encontraba en Italia.

«¿Alterado? —pensó Langdon, enojado—. ¡Más bien estupefacto!»

Una oleada de adrenalina había empezado a plantar cara a los sedantes.

—¿Qué me ha sucedido? —inquirió—. ¿Qué día es hoy?!

—No pasa nada —dijo ella—. Es la madrugada del lunes dieciocho de marzo.

«Lunes.» Langdon obligó a su dolorida mente a revisar las últimas imágenes —frías y oscuras— que recordaba. Caminaba a solas por el campus de Harvard en dirección a un ciclo de conferencias vespertino. «¿Eso sucedió hace dos días?» Al intentar recordar la conferencia o algún acontecimiento posterior sintió un dolor todavía más agudo. «Nada.» El pitido del monitor cardíaco se aceleró.

El doctor se rascó la barba y siguió manipulando el equipo médico mientras la doctora Brooks se sentaba de nuevo junto a Langdon.



—Se pondrá bien —le tranquilizó—. Le hemos diagnosticado una amnesia retrógrada, algo muy común tras sufrir un traumatismo encefálico. Puede que no recuerde nada de los últimos días o puede tener recuerdos desordenados, pero no parece haber sufrido ninguna lesión permanente. —Se quedó un momento callada—. ¿Recuerda mi nombre de pila? Se lo he dicho al entrar.

Langdon lo pensó un momento.

—Sienna.

«Doctora Sienna Brooks.»

Ella sonrió.

—¿Lo ve? Ya está creando nuevos recuerdos.

El dolor que Langdon sentía en la cabeza era casi insoportable, y su visión de cerca seguía borrosa.

—¿Q...qué... ha sucedido? ¿Cómo he llegado aquí?

—Creo que debería descansar y quizá...

—¿Cómo he llegado aquí?! —exigió. El monitor cardíaco se aceleró todavía más.

—Está bien. Respire hondo —dijo la doctora Brooks al tiempo que intercambiaba una mirada de inquietud con su colega—. Se lo diré. —El tono de su voz se volvió más serio—. Señor Langdon, hace tres horas ha aparecido en urgencias tambaleándose y sangrando, con una herida en la cabeza, y se ha desplomado. Nadie tenía ni idea de quién era usted o cómo había llegado hasta aquí. Mascullaba palabras en inglés, así que el doctor Marconi me ha pedido que le echara una mano. Soy inglesa.

He venido a trabajar un año a Italia.

Langdon tenía la sensación de haberse despertado dentro de un cuadro de Max Ernst. «¿Qué diantre estoy haciendo en Italia?» Normalmente, él solía ir en junio con motivo de alguna conferencia de arte, pero estaban en marzo.

En ese momento notó el efecto de los sedantes. Tuvo la sensación de



LA TENTACIÓN DE SAN ANTONIO, 1945, MAX ERNST

© 2014 Artists Rights Society (ARS), Nueva York / ADAGP, París



que la gravedad de la Tierra aumentaba su fuerza por momentos y tiraba de él hacia el colchón. Intentó resistirse alzando la cabeza, y se esforzó por permanecer alerta.

La doctora Brooks se inclinó sobre él como lo haría un ángel.

—Por favor, señor Langdon —susurró—. Las primeras veinticuatro horas tras sufrir un traumatismo encefálico son muy delicadas. Debe descansar o su situación podría empeorar.

Una voz sonó en el intercomunicador de la habitación.

—*Doctor Marconi?*

El doctor presionó un botón que había en la pared y respondió.

—Si?

La voz del intercomunicador dijo algo en italiano. Langdon no lo entendió, pero sí captó la mirada de sorpresa que intercambiaron los dos médicos. «¿O ha sido de alarma?»

—*Un minuto* —respondió Marconi, poniendo fin a la conversación.

—¿Qué sucede? —preguntó Langdon.

La doctora Brooks frunció ligeramente el ceño.

—Era la recepcionista de la UCI. Alguien ha venido a visitarle.

Un rayo de esperanza se abrió paso a través del embotamiento que sentía Langdon.

—¡Eso son buenas noticias! Puede que esta persona sepa qué me ha ocurrido.

Ella no parecía estar tan segura.

—Es extraño que haya venido alguien a verle. No teníamos su nombre, y todavía no lo hemos registrado en el sistema.

Langdon intentó combatir el efecto de los sedantes y se incorporó como pudo en la cama.

—¡Si sabe que estoy aquí tiene que saber qué me ha pasado!

La doctora Brooks se volvió hacia el doctor Marconi, que inmediatamente negó con la cabeza y le dio unos golpecitos al reloj. Ella se volvió otra vez hacia Langdon.

—Ésta es la unidad de cuidados intensivos —explicó—. Nadie podrá entrar, como muy pronto, hasta las nueve de la mañana. El doctor Marconi saldrá a ver quién es el visitante y qué quiere.

—¿Y qué hay de lo que yo quiero? —reclamó Langdon.

La doctora Brooks sonrió con gesto paciente, se acercó a él y, bajando el tono de voz, dijo:

—Señor Langdon, hay cosas sobre lo que le pasó anoche que no sabe... Y antes de que hable con nadie, creo que es justo que esté al tanto de todas las circunstancias. Lo lamento, pero no creo que se encuentre suficientemente bien para...

—¿Qué circunstancias?! —preguntó en seguida Langdon, e intentó incorporarse. Sintió la punzada de la vía intravenosa y tuvo la sensación de que su cuerpo pesaba varios cientos de kilos—. Lo único que sé es que estoy en un hospital de Florencia y que he llegado repitiendo las palabras «*very sorry...*». —Entonces se le ocurrió una



posibilidad terrible—. ¿Acaso he sido responsable de un accidente de tráfico? ¿He herido a alguien?!

—No, no —dijo ella—. No lo creo.

—¿Entonces qué? —insistió Langdon, mientras observaba con furia a ambos doctores—. ¿Tengo derecho a saber qué está pasando!

Hubo un largo silencio. Finalmente, el doctor Marconi hizo un gesto de asentimiento a su atractiva colega, aunque su rostro mostraba serias dudas al respecto. La doctora Brooks suspiró y se acercó a la cama.

—Está bien, deje que le cuente lo que sé... Pero procure permanecer en calma, ¿de acuerdo?

Langdon asintió. El movimiento de cabeza le provocó una punzada de dolor que se extendió por todo su cráneo. Lo ignoró, sediento como estaba de respuestas.

—En primer lugar..., la herida de su cabeza no ha sido causada por un accidente de tráfico.

—Bueno, eso es un alivio.

—En realidad, no. Su herida la ha producido una bala.

El pitido del monitor cardíaco de Langdon se aceleró.

—¿Cómo dice?

La doctora Brooks hablaba rápidamente pero con firmeza.

—Una bala le ha rozado la parte superior del cráneo y le ha provocado una contusión. Tiene mucha suerte de estar vivo. Un centímetro más abajo y... —Negó con la cabeza.

Langdon se la quedó mirando, incrédulo. «¿Alguien me ha disparado?»

Se oyeron unos gritos en el pasillo. Parecía como si la persona que había ido a visitar a Langdon no quisiera esperar. Acto seguido, el profesor oyó el ruido de una pesada puerta al abrirse, al final del pasillo. Y, a continuación, vio la silueta de alguien que se acercaba.

Se trataba de una mujer vestida por completo en cuero negro. Era atlética y fuerte, y tenía el cabello oscuro y en punta. Se movía con agilidad, como si sus pies no tocaran el suelo, y se dirigía directamente hacia la habitación de Langdon.

Sin vacilar, el doctor Marconi salió al pasillo para cerrarle el paso.

—*Ferma!* —ordenó el hombre, y alzó la palma de la mano como un policía.

Sin detenerse, la desconocida sacó una pistola con silenciador, apuntó al pecho del doctor Marconi y disparó.

Se oyó un sonido agudo y sordo.

Langdon observó horrorizado cómo el doctor Marconi retrocedía unos pasos y caía al suelo con las manos en el pecho. Una mancha roja comenzó a extenderse por su bata blanca.